



CAPÍTULO TERCERO

I

MARCO FORTIS era un hombre de su tiempo.

Estamos lejos, muy lejos de la Casa Blanca. Marco Fortis no conoce las distancias y en sus grandes momentos de planes quiméricos ó absurdos, suele decir como los yankees «el mundo es pequeño».

Orientémonos. Estas escalinatas anchas y suaves que á la luz de la luna, adquieren una matidez grisácea, esta agua blanda que parece estancada bajo las escalinatas anchas y la alta curva del puente monumental; este mismo puente gracioso y montante por de fuera, ancho en el interior, con menudas y arcaicas construcciones á los la-

dos, esta ciudad de sueño que blanquea la luna, estos melancólicos rumores, este espejeo de aguas por los recodos más oscuros, como si la ciudad maravillosa que desconocemos, emergiera, blanca y somnolente, de un plano de cristal... ¿no traen á nuestra memoria, inconfundible, un nombre dulce y lleno de prestigios?

Sí; no dudemos más: esta es Venecia. Por estas escalinatas bajaremos al Canal: este puente que tenemos á nuestra espalda es el Rialto; allí Santa María del Fiore; el Campanile de San Giorgio, los viejos palacios á la derecha... Aguardad un momento... Un grito vago, otro grito; un ruido de agua; la reptación solapada de dos sombras negras, el golpe seco de los remos: dos góndolas, con las lucecitas rojas en el espolón, pasan de largo...

Está la luna alta y serena.

En las escaleras del puente del Rialto, hay dos hombres sentados, que hablan. Otro, en pie, fumando, apoyado lánguidamente en el barandal los oye. A pocos pasos de ellos, en el Canal, una góndola. Debe aguardarles porque el *gondogliere*, tendido á lo largo, sobre la cubierta, unas veces bosteza y otras veces ronca.

—Marco, dice uno de los dos que están sentados, al que permanece en pie es-

cuchándoles, ¿cuándo, el viaje á España?

—Mañana, si me acompañas, Gabry: me aburro opíparamente en el Adriático.

—No hagas caso Orosio, dice el llamado Gabry á su otro compañero que, oyendo las palabras de Marco Fortis, le mira con extrañeza. Marco es de este modo. Ni se aburre en el Adriático, ni nos dejará mañana, ni piensa hacer un viaje á España, ni la tórrida Hesperia le interesa. Pero le gustan los efectos bruscos y los juegos arrogantes de palabras.

Marco Fortis sonríe. Por todo comentario añade:

—Jugué ayer en Bon-Boseo...

—¿Y has perdido?

—Quiere viajar... No se lo preguntes... Huye de la mala suerte... ¡pobre amigo!, dice Orosio, contestando á la pregunta de Gabry.

—Ni gané, ni perdí, prosigue Marco. Pero tuve mi juego al siete toda la noche y esto suele sucederme indefectiblemente todas las vísperas de viaje. De momento no me permiten mis capitales subir á Escandinavia y me resigno con saltar á España. Veré catedrales y mujeres.

—Como esto no tiene ninguna lógica, explicó Gabry á Orosio, ahora es cuando

voy creyendo que nuestro amigo nos dejará mañana para marchar á España. ¿Por mar? volvióse á preguntarle á Marco.

—Por mar.

—¿Quién te deja el yate?

—Mónica Poldo. ¿Me acompañas?

—Me aburriré, como tu dices, opiparamente. Dos amantes...

—De ninguna manera: iré yo solo.

—¿Mónica te abandona á las sirenas del Mediterráneo?

Marco Fortis calla. Desde que el nombre de Mónica ha salido de sus labios ha podido observarse un cambio en su fisonomía.

No podría asegurarse por la expresión de su rostro si las bromas de sus amigos le divierten ó le contrarían.

—¡Enigmático! observa Gabry: es la expresión de los amores trágicos.

Orosio aventura esta pregunta...

—¿Fuga ó ruptura, Marco Fortis?

El aludido sonríe con melancolía:

—¡Locos!... ¿Entonces no me acompañáis?

—Decididamente no puedo, Marco, dice Gabry, poniéndose serio: trabajo, trabajo mucho estos días.

—¿Escribes?

—No; estudio.

—Con la fresca Catalina: no le creas.

—Sí, si estudio, insiste Gabry cada

vez más serio. Y permanece unos momentos pensativo... Su monda cabezuela harmoniosa, ceñida como de una tonsura, de un cerco de cabellos rojizos, muy cortados, se ha erguido en la diafanidad impalpable de la admósfera. Sus ojillos de tigre verdosos y serenos, dan á su fisonomía un interés de enigma... ¡La fresca Catalina, la gorda Catalina, la grasa Catalina! Reíos... Ya veréis después... Si no sabéis leer una epopeya de esplendores arcaicos y remotos, en este graso pescuezo de la Catalina, no sois nada. Y tú, Orosio, debes romper tus pinceles y abrirte el vientre como los japoneses, un buen día, porque eres indigno de ejercitar el arte mismo que ejercitaba Paolo Veronese.

Todo esto sonaba de una manera maravillosa: con esta ausencia de emoción y de valor, que para nosotros, tartamudeantes españoles, suele tener la conversación italiana, sabia y perfectísima de formas.

Los dos que estaban sentados, acababan de levantarse. Marco Fortis no cambió de postura.

Gabry, echando á andar, le dijo:

—¿No vienes?

—¿Dónde vais?

—Al templo untuoso y admirable de la fresca Catalina—dijo Gabry: Orosio se ha empeñado.

Este sonreía, siguiéndole.
Marco Fortis no se movía.

Los dos amigos llegaron á la góndola. Gabry tomando un puñado de agua con las manos despertó bruscamente al *gondogliere*, dejándose caer sobre los ojos...

—¡Para no dormir, para no dormir, ribaldo! Y ahora, donde siempre: ya lo sabes. Pero ¿no vienes, Marco Fortis?

—No...

La góndola se mueve. Las últimas palabras suenan, hiriendo la calma del Canal.

—Entonces ¿sales mañana?

—¡Salgo!...

—Te hago una predicción, Marco Fortis, oye: ¡no volverás de España!

El aludido sonríe...

La góndola se sume en un recodo: duran todavía un rato sobre el agua quieta, los rumores aislados de unas voces que se pierden.

II

Marco Fortis deja el Rialto, gana el muelle de los palacios, se mete por un callejón estrecho y desemboca á un *campo* (plaza) solitario.

Uno de los lados del silencioso campo lo ocupa entero la fachada sombría de un palacio del siglo XIII. Fortis se acerca

al muro de aquella fachada, lo sigue en toda su extensión, llega al extremo, gira á la izquierda, busca en el muro de otro callejón estrecho una puerta diminuta, la abre con una llave que lleva en la mano y empieza á subir por una escalera altísima, de piedra.

Aquella es la casa de Mónica Poldo, en Venecia.

Marco Fortis tiene, en un pabellón aislado del palacio, su estudio de arquitecto. Mónica Poldo y su marido, que ha sido Embajador de Italia en casi todas las grandes capitales europeas, tienen, como los grandes Mecenas del Renacimiento, la pasión monumental. Su inmensa fortuna la dilapidan, á manos llenas, en construcciones estrambóticas, absurdas, suntuosas, quiméricas, con que en vano procuran ocupar el ansia de acción característica de las almas privilegiadas, en la calma espectante de la sociedad actual.

Marco Fortis trabó relaciones con el Conde Poldo, en Niza.

Fué, para el Conde, un enencuentro felicísimo. Aquel espíritu vivo, ardiente, dominador de la materia, un poco desigual y un poco misterioso, pero audaz y emprendedor del joven arquitecto, parecía hecho adrede para comprender y realizar las monumentales quimeras del noble Embajador.

Fortis diseñó y dirigió la construcción de aquel maravilloso *Palacio de las rosas* que parece la petrificación de una leyenda franciscana y que poseen, junto á una colina, cerca de mar, los esposos Poldo, en Niza.

Mónica Poldo, más viva de imaginación que su marido y más artista, aunque menos voluntaria, adivinó en Marco Fortis, la traza genial de los creadores privilegiados.

Y desde aquel entonces, Marco Fortis no es un extraño en el Palacio Poldo. Su fortuna estuvo hecha: su nombre, de un vuelo triunfal, atravesó la Europa.

Los de su nación saludaron en «El Constructor», único nombre que le daban, al genio de la nueva arquitectura.

III

El Conde Poldo contaría entonces cincuenta años. Mónica no pasaría de los treinta y cinco.

Veneciana, de alcurnia nobilísima, casó con el conde Poldo, enamorada de él. No habían existido en el matrimonio diferencias ni disturbios. El conde era un mundano, que supo llevar al hogar, un girón de la galantería italiana, un poco teatral, con que oportunamente lograba esconder y simular las quiebras de la edad. Mónica, en toda su

figura plena, pero bien tallada y nobilísima, tenía este reposo sensual que ha dejado, en sus cabezas de mujer, el Veronés, tapando con la dureza de las telas brocadas, la suavidad florida y deliciosa de su carne.

Alguien había dicho de ella: «Es un hogar, cuidadosamente cubierto de cenizas blancas».

En todo caso el conde no sopló nunca en el hogar; aunque, de tanto en tanto, para que los rescoldos se avivaran con el aire, apartara galantemente las cenizas.

La intimidad que Marco Fortis halló en el palacio Poldo, fué un tanto nociva á la reputación de Mónica. Afortunadamente el conde, que amaba á su mujer, con toda la generosa serenidad de un verdadero *galantuomo*, mientras estuviera seguro de su honor, despreciaba las hablillas.

Además la vida que llevaban los esposos Poldo era un poco accidentada y los frecuentes cambios de medio social, en que los viajes les ponían, mantenían su nombre al abrigo de las murmuraciones excesivas.

Claro que hay un mundo aparte, en el gran mundo: *la diplomacia*, que, según Abel Hermant, se llama «la carrera» por autonomasia y que, en cada distinta nación, tiene un círculo determinado y estrecho, formado por las

mismas gentes, que turnan con los años; sujeto á las mismas leyes, viviendo por la misma pauta y donde las murmuraciones y las hablillas, prenden maravillosamente, por lo mismo que es reducido y limitado el espacio en que se mueven.

Tal vez si el conde Poldo hubiera sido más aficionado á llevar á su mujer á las salas de las Embajadas, aquella intimidad, muy comprensible y nada pecaminosa con Marco Fortis, dadas las aficiones de los Poldo, le habría costado ya más de un disgusto.

Pero el noble Embajador era un diplomático con alma de *condottiero*. Servía á su Italia en las cancillerías con una cierta aspereza de soldado. Era un hombre poco avenido con toda la pompa decorativa de la diplomacia; y, por lo demás, rígidamente patricio, no quería que los banales objetivos de las grandes ilustraciones, al día siguiente de cualquiera de estas fiestas oficiales que á menudo le repugnaban, sorprendieran, en el eterno rincón de las salas de Embajada, á su excelencia Mónica Poldo, tres veces noble, hablando con la mujer de su segundo secretario.

El conde Poldo había ido á la Diplomacia para servir á Italia. No le pedía un rango, ni una situación social, que no necesitaba.

Resultaba de todo esto que, estando perfectamente deslindados los campos y el tren de vida entre los esposos Poldo, él cumplía rigurosamente y austeramente sus deberes diplomáticos no exentos de ciertas iniciativas cesaristas, que en determinadas ocasiones, hacían oscilar á las potencias, mientras ella, un poco nómada y otro poco imprudente, recorría Europa, con Marco Fortis al estribo, toda de sus obras y de sus planes, decidiendo la decoración de un palacio en las montañas de Córcega, mientras mordían en su corazón los primeros deseos de comprar un «fjord» en Noruega, influida su fantasía con las últimas lecturas de algún autor noruego.

IV

Nos apresuramos á decirlo, porque la conversación que hemos sorprendido en el Rialto, entre Marco Fortis y sus dos compañeros Gabry y Orosio podría llevar á nuestros lectores á levantar falsos testimonios. Hasta el momento en que se apodera de ellos nuestra historia, nada había existido en las relaciones de Mónica Poldo con su Constructor, que pudiera justificar, ya no las dudas, pero ni siquiera los recelos del marido más exigente y receloso.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Código. 1625 MONTERREY, MEXICO

33595

El vulgo hablaba en Venecia de aquellas ausencias del Conde y de la vida un poco rara de Mónica Poldo, viajando con Marco Fortis, de posesión en posesión, y teniéndole en su casa y sentándolo á su mesa mientras permanecían en Venecia.

Ya hemos visto que Marco Fortis no se atrevía á desmentir estas hablillas.

La misma turbación que revelaba en su rostro cuando sus amigos le hablaban de la Embajadora, parecía fomentarlas.

Había además la vida privada del Constructor.

Misógino, tímido y sensual al mismo tiempo, sólo un gran amor podía explicar satisfactoriamente estas tres condiciones que tenía comunes con otros grandes artistas de su tiempo, Marco Fortis.

No se concebía degeneración en creador tan fuerte como era el «Constructor».

¿Qué había pues de verdadero en sus relaciones con la Embajadora?

Aconsejamos á nuestros lectores que mientras llega el momento de averiguarlo concienzudamente, pongan en cuarentena las vulgares malicias que hemos escuchado al pie del Rialto, porque, como dijo Gabry á su manera, un poco campanuda y rimbombante, no sólo Marco Fortis, sino toda Italia «gusta de los juegos arrogantes de palabras».



CAPÍTULO CUARTO

I

EL taller del Constructor en el Palazzo Poldo.

Un ventanal enorme de menuda cristalería á cuadros se abre en uno de los muros sobre el «campo» solitario que hace unos instantes ha atravesado Marco Fortis, haciendo resonar sus pasos en el silencio de la noche.

Frente al ventanal, una puertecita menuda que comunica con la larga escalerilla de piedra en que le dejamos enfrascado.

A la izquierda otra puerta que comunica con las habitaciones fastuosas del arquitecto-artista.

Y otra puerta á la derecha que da á